

HOY JESÚS ES ACLAMADO,
MAÑANA SERÁ LLEVADO AL MARTIRIO

1. Nos ponemos en la presencia del Señor.
2. Rezamos, si tenemos en casa el Breviario o la aplicación de internet, la oración de Laudes o, en su defecto, la Hora Intermedia correspondiente.
3. Leemos los textos de la liturgia del día
4. Meditación:

Arrojo y corazón de Jesucristo que sube a Jerusalén, la ciudad de la paz, ensalzada por los cantautores de la época con cánticos que muestran la alegría de los que encaminan sus pies hacia la ciudad santa, lugar del templo, espacio privilegiado para el encuentro con el Dios único y verdadero.

La procesión triunfal se organiza en las inmediaciones del Monte de los Olivos. El sol ciega los ojos de los que participan en tan inquieta comitiva. Es primavera. Hasta el lugar suben los olores del torrente Cedrón, en ocasiones rambla y vertedero de basura. Jesús, recogido sobre sus propios pensamientos mira en lontananza a la ciudad y mesa su mejilla para secar las suaves lágrimas que recorren su rostro que jugando con la luz solar apuntan minúsculos arcos iris que evocan aquella señal de paz de antaño cuando las aguas cubrieron la tierra y la preñaron para siempre de muerte y vida. A su alrededor un pequeño grupo que ultima los detalles entre nervios expectantes y miedo a las reacciones que intuyen va a provocar la entrada de Jesucristo en Jerusalén recordando las maneras y formas anunciadas por los profetas de Israel.

La comitiva se pone en marcha. La tensión es evidente. Alguien informa a Jesús que son numerosos los que le esperan en Jerusalén porque se ha corrido la voz entre los peregrinos que han acudido para celebrar la Pascua o de los panes ázimos. A causa de estas aglomeraciones, el prefecto romano de Palestina, con residencia en Cesarea, acudía a Jerusalén cada año con tropas de refuerzo para mantener el orden público. No eran extrañas las revueltas políticas aprovechando estas concentraciones.

La bajada al torrente eleva la meseta calcárea que se encuentra a más de mil metros sobre el nivel del Mar Muerto donde desembocan las exiguas aguas de los wadis que abrazan la ciudad engrandecida por Salomón. El templo, meta de la peregrinación, estaba situado en el punto más septentrional y por ende más alto del terreno.

A la mente de Jesucristo acuden las enseñanzas que desde pequeño oyó en casa y en la sinagoga sobre las esperanzas mesiánicas de Israel que contaban hechos tan prodigiosos como que una fuente que brotaba del templo fecundaría todo el país (Jl 4,18; Ez 47,2-12) y existiría tanta armonía que ya no serán necesarios ni el sol ni la luna porque Yavé será su única luz (Is 60,19s) y morará allí (Is 4,5) de tal modo que ya no será necesaria el arca (Jer 3,16). Él sabe que hoy se cumple la promesa pero su divinidad no merma su desazón y temor ante los acontecimientos que se avecinan.

Por lo demás, una vez encaminados hacia el monte Sión, para que cumplieran las Escrituras Jesús montó montado en un asno, cumpliendo una profecía de Zacarías, que citan los evangelistas al tiempo que conocían los testigos oculares del hecho. Aparte los detalles, lo cierto es que al cumplir Jesús esta profecía, se declaró implícitamente rey y el pueblo le reconoció como tal dándole la bienvenida con el grito de hosanna, que equivale a nuestro ¡viva! y aclamándole como “*hijo de David*” o rey diciendo; “*¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!*” (Mt 21,9). Este gesto de Jesús al comenzar la pascua fue, sin duda, entendido por muchos como provocador. Más lo fue el segundo hecho simbólico, al derribar Jesús en el Templo “*las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas*” (Mt 21,12) y afirmar que el templo sería destruido. Este

último gesto se tendría muy en cuenta en el juicio a la hora de dictar los autos de la condena. Por lo demás, la gente en masa aclama y vitorea.

La fragilidad de nuestros ideales cuando las convicciones no son profundas hacen que una suave brisa nos aleje de nuestras certezas. Los que hoy aclaman a Jesús como Mesías y Salvador, mañana serán los que aclamen a Barrabás como nuevo líder del pueblo y le lleven al martirio.

El Papa Benedicto XVI en la segunda parte de su obra “Jesús de Nazaret”, recorre el itinerario que va desde la entrada de Jesús en Jerusalén hasta su Resurrección. Entre las notas que caracterizan la entrada en la Ciudad Santa se distinguen, al menos, estas tres:

- Jesús se acerca a Jerusalén como un rey. Así lo indica al enviar a sus discípulos a buscar una borrica con su pollino. En su ambiente se reconocía el poder del rey para requisar bienes y animales. Con ese gesto Jesús muestra su providencia y su autoridad.
- Jesús viene a Sión como el rey mesiánico, tan esperado por su pueblo. Así lo hacen entender las profecías de Isaías y Zacarías que recuerda el evangelio de Mateo. Jesús es un rey que se hace reconocer por su humildad.
- Jesús llega a su Ciudad como un peregrino. Sin embargo, su peregrinación difiere de la de tantos judíos como subían a la ciudad para la fiesta de la pascua. Su entrada cumple e ilumina los tres anuncios de su pasión y muerte que han ido marcando su camino.

La aclamación

Por otra parte, el evangelio de Mateo que hoy se proclama antes de la procesión (Mt 21, 1-11) se detiene a referir que Jesús es acogido con gritos de júbilo:

- “Hosanna al Hijo de David”. Esta antigua expresión de súplica, con el tiempo se había convertido en una aclamación de júbilo. En este caso era un grito de esperanza. Como Hijo de David lo habían invocado los ciegos (Mt 9,27). Ahora la multitud lo acogía como al restaurador del reino de David.
- “Bendito el que viene en nombre del Señor”. Con esa aclamación se acogía a los peregrinos que llegaban a Jerusalén por la fiesta de las Tiendas (Sal 118,26). Jesús había manifestado varias veces su convicción de haber sido enviado por Dios. El grito de la multitud era el eco de su conciencia mesiánica.
- “Hosanna en las alturas”. A la hora del nacimiento de Jesús, los ángeles proclamaban la gloria de Dios “en las alturas” (Lc 2, 14). Ahora las gentes del pueblo proclamaban la gloria de Dios que se manifestaba en Jesús. En la humildad del que llegaba a la Ciudad Santa, se hacía visible la grandeza y la misericordia del Altísimo.

El contraste

Con todo, el relato que hoy se lee y proclama deja entrever dos posturas diferentes. La de los habitantes de Jerusalén y la de los que acompañan a Jesús que baja del Monte de los Olivos. En esas posturas se anuncia el choque de las actitudes que habrán de repetirse a lo largo de los siglos ante la persona y la misión de Jesús.

- “Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad preguntaba alborotada: ¿Quién es este?” Se repite el espanto que produjo la llegada de los Magos (Mt 2,3). Los habitantes de Jerusalén se han acomodado al culto del templo y a la presencia de los romanos. No quieren sobresaltos. Pero en su asombro se refleja también la inquietud de los que hoy ignoran o rechazan la presencia, el mensaje y la obra de Jesús.
- “La gente que venía con él decía: Es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea”. Esa es la respuesta de los peregrinos y de los que siguen al Maestro. Las gentes más sencillas han descubierto en Jesús al profeta que viene de parte de Dios. No tienen prejuicios contra

los galileos. En su entusiasmo se refleja también la buena voluntad de los que hoy escuchan la palabra de Jesús y tratan de llevarla a la práctica en su vida.

- “Acrecienta, Señor, la fe de los que en ti esperan y escucha las plegarias de los que a ti acuden, para que quienes alzamos hoy los ramos en honor de Cristo victorioso, permanezcamos con él, dando fruto abundante de buenas obras. Amén”.

4. Rezamos la oración del Ángelus.